

Europa, en busca de su identidad

Las negociaciones sobre la ampliación de la Unión Europea crean numerosos enfrentamientos en una Europa donde las diferencias parecen más grandes que las similitudes

Partidarios del 'No' a la Constitución Europea celebran su triunfo en las calles de París.



Allí donde hay luz, también hay sombras". La frase es de Javier Solana y fue escrita hace algo más de un año a propósito del proceso de acercamiento de las repúblicas balcánicas de la antigua Yugoslavia a la Unión Europea. Esta semana, un brusco acelerón en la agenda europea da actualidad a la afirmación del responsable de seguridad y política exterior común de la UE y la extiende a todo el vecindario de la Unión, y no sólo a su propia arquitectura interna. Los 25, divididos, se aprestan a tomar medidas de consecuencias incalculables sin que haya debate: la Comisión presidida por José Manuel Durao Barroso, con apoyo de la presidencia británica, pretende reducir el perímetro legislativo de la UE y, al mismo tiempo, mantener en lo posible el ritmo de ampliaciones a nuevos miembros, con vistas a una segunda oleada que incluiría a Turquía. A la chita callando, los partidarios de una Unión Europea transformada en una simple zona de libre comercio sin potencia política o militar pueden marcar un punto decisivo irreversible.

El fin del consenso

Sobre el perímetro legislativo de la Comisión, que el presidente José Manuel Durao Barroso dice querer reducir. Sobre la apertura de negociaciones para el ingreso de Turquía, país con carencias en tanto que Estado de Derecho y que no reconoce a uno de los Estados miembros de la UE, Chipre. Sobre las negociaciones de adhesión de Croacia, que siguen en la agenda, pese a que el país candidato no coopera con la Justicia internacional para capturar al presunto criminal de guerra Ante Gotovina. Sobre el ingreso de Bulgaria y Rumanía, países crispados por la perspectiva de un aplazamiento de su entrada en la UE. Sobre el proceso de Estabilización y Asociación de las antiguas repúblicas yugoslavas como Bosnia, las más castigadas por la guerra de los años noventa, que zozobra. Sobre el fin de la primera fase en la pre asociación de Marruecos, y el posible espaldarazo a su declaración de candidatura. En toda esa lista impresionante de capítulos, sería bueno que la UE consiguiera separar 'la luz' de 'las sombras' antes de soltar amarras.

CORBIERS/REUTERS

En la política de ampliación, profundas divisiones separan hoy a los diferentes países miembros, divisiones que incluso se manifiestan en el seno mismo de cada país, y hasta en el seno mismo de cada familia política. Es el fin del consenso y del método que había dominado la construcción europea durante 50 años, y que se estaba convirtiendo en una huida hacia adelante. En cuanto a la arquitectura interna de la UE, la cacofonía se incrusta en las instituciones mismas.

El presidente de la Comisión, supuesto garante de los Tratados, firmó la semana pasada el acta de defunción del proyecto de Tratado constitucional europeo con una declaración a bombo y platillo ante la prensa, cuando ésta no es la función para la que se le designó, ni entra en sus prerrogativas decidir cuál será la continuación del proceso constitucional.

Al mismo tiempo, el propio Barroso anunció la retirada de casi 70 proyectos de directivas y reglamentos de la Comisión, en un supuesto intento de reducir el perímetro legislativo de la UE. Una reducción llevada a cabo con tal precisión 'quirúrgica' que no afecta a las normativas de liberalización de servicios más criticadas en los debates referendarios de Francia y Holanda, países cuyo 'No' dio precisamente al traste con el proyecto de Constitución europea.

Barroso mantuvo así con vida proyectos de directivas que dividen a los europeos, suprimiendo otros que, en palabras del presidente de la Eurocámara, Josep Borrell, constituyen "vigas maestras" que "hacen falta" en la UE, sobre todo en materia social y fiscal.

El plato fuerte de la política de ampliación que Barroso y la presidencia británica quie-

ren proseguir como si aquí no hubiera pasado nada, se llama Turquía.

El 3 de octubre es la fecha oficial de inicio de las negociaciones para la adhesión a la UE de Turquía, gigante anatolico, antiguo imperio euroasiático, pivote entre oriente y occidente y territorio de deslocalizaciones industriales y escasos derechos sociales que, además, hasta hace muy poco fue un aliado incondicional y sumiso de Estados Unidos. El inicio de

las negociaciones constituye el pistoletazo de salida de un maratón que durará entre diez y quince años, con 35 capítulos de negociación que deberán ser cerrados uno tras otro. Los prolegómenos no permiten augurar nada bueno. A escasos días de la apertura oficial de negociaciones, una larga serie de incidentes envenenó la atmósfera, sin permitir, al mismo tiempo,

Las diferencias en políticas de ampliación se producen no sólo entre países sino también en el seno de las propias naciones

las negociaciones constituye el pistoletazo de salida de un maratón que durará entre diez y quince años, con 35 capítulos de negociación que deberán ser cerrados uno tras otro. Los prolegómenos no permiten augurar nada bueno. A escasos días de la apertura oficial de negociaciones, una larga serie de incidentes envenenó la atmósfera, sin permitir, al mismo tiempo,

entrar en las cuestiones de fondo planteadas por la futura entrada en la UE de un país de setenta millones de habitantes, fronterizo con Iraq, Irán y Siria.

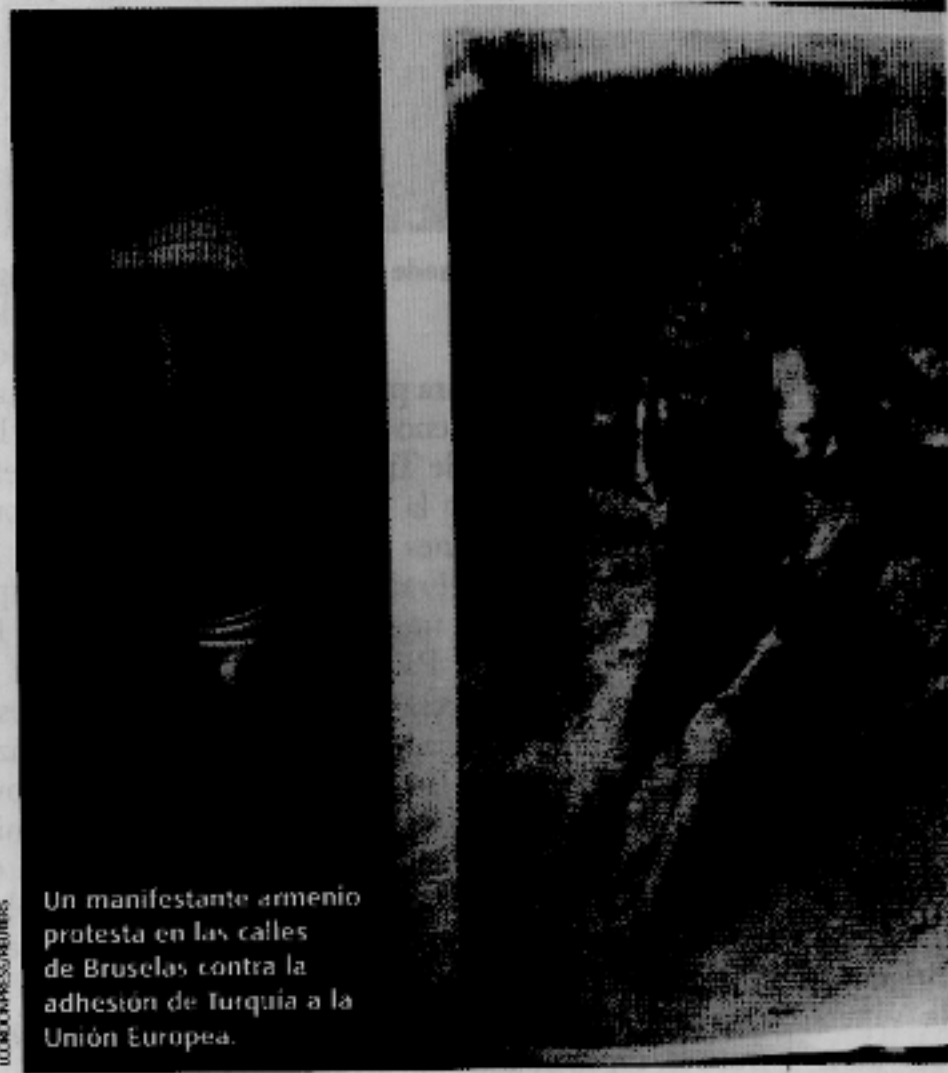
Turquía y Chipre

El Gobierno turco decidió el 22 de septiembre prohibir una reunión de universitarios que iban a estudiar los acontecimientos que condujeron a las matanzas de civiles armenios por tropas turcas durante la Primera Guerra Mundial, matanzas consideradas oficialmente como "genocidio" por un país como Francia (se calcula que hubo 1,5 millones de muertos), pero calificadas de simple "guerra civil" por Ankara, que reconoce 300.000 muertos armenios y habla de 300.000 muertos turcos.

La prohibición —comparable, por ejemplo, a un veto del Ministerio de Interior español a un coloquio sobre las matanzas de la guerra civil española— desencadenó una virulenta condena del comisario europeo de la Ampliación, Olli Rehn. Miembros del Gobierno turco protestaron y al final, Rehn se achicó, disculpó al Gobierno turco, y se refugió en la célebre tesis de una "provocación" anti europeísta llevada adelante por círculos islamistas y nostálgicos del Imperio Otomano. El coloquio universitario siguió prohibido. Los intelectuales y los demócratas turcos sabrán apreciar en su justa medida el apoyo que les brinda Bruselas en su combate.

Si el episodio armenio fuera el único incidente, podría pasar desapercibida la excusa de la 'provocación', pero en el corazón mismo de las negociaciones hallamos otra fuente de indulgencias de Bruselas semejante a la que condena al olvido a los armenios. Es Chipre, país miembro de la UE ampliada, pero dividido por la existencia, en su mitad norte, de una especie de 'república turcochipriota' protegida por 35.000 soldados del ejército turco de ocupación, y sólo

Si el episodio armenio fuera el único incidente, podría pasar desapercibida la excusa de la 'provocación', pero en el corazón mismo de las negociaciones hallamos otra fuente de indulgencias de Bruselas semejante a la que condena al olvido a los armenios. Es Chipre, país miembro de la UE ampliada, pero dividido por la existencia, en su mitad norte, de una especie de 'república turcochipriota' protegida por 35.000 soldados del ejército turco de ocupación, y sólo



Un manifestante armenio protesta en las calles de Bruselas contra la adhesión de Turquía a la Unión Europea.

reconocida por Ankara.

El Gobierno de Ankara aprovechó el verano pasado un acto legal de importancia menor —la firma de la extensión, a los diez nuevos miembros de la UE, de la unión aduanera entre Turquía y la UE (15)— para recordar que no reconoce la soberanía de Chipre, representado por su Gobierno legal de Nicosia, y que no se consideraba obligado a abrir los puertos y aeropuertos turcos a los buques y aviones con pabellón chipriota.

negociaciones con Turquía en la fecha prevista, pese a la imprevisibilidad total de las autoridades turcas y a unas declaraciones cada vez más erráticas. Bruselas acepta así entrar en terreno pantanoso.

Ya presa, desde la ampliación de 2004, de los intrínquilos de Nicosia —que impone un bloqueo al sector norte de la isla, y votó contra el plan de paz de la ONU— será ahora además rehén de las maniobras de Ankara. Y todo ello a causa de un conflicto ridículo y fósil en

nuevas e imprevistas en grandes maniobras geopolíticas.

La derecha continental europea ha mostrado su peor cara en el expediente turco. Buena parte de sus dirigentes, desde Angela Merkel hasta José María Aznar, pasando por Mariano Rajoy, Valéry Giscard d'Estaing y Nicolas Sarkozy, han sido sorprendidos en privado hablando francamente del temor que les inspira la idea de acoger en el seno de Europa a un país de mayoría y de tradición musulmana.

Los mismos dirigentes que rechazan a Turquía dicen querer acoger rápidamente a Croacia.

Croacia

Croacia debía empezar oficialmente sus negociaciones de adhesión en marzo pasado, adelantando en siete meses a Turquía. Teniendo en cuenta que la cristiana Zagreb presentó su candidatura en 2003, mientras que la de Ankara remonta a 1987, las preferencias por Croacia quedan claras. Pero la apertura de las negociaciones quedó en el aire a causa de la falta de cooperación de Zagreb en

la entrega, al Tribunal Penal Internacional, del presunto criminal de guerra Ante Gotovina, puesta de manifiesto en un informe de la fiscal Carla del Ponte. La UE, pese a lo horrendo de la perspectiva de acoger a un país que protege a criminales de guerra, prefirió no anular las negociaciones, sino simplemente demorarlas.

Si Bruselas sigue pisando huevos con los expedientes turco y croata, el proceso de Estabilización y Asociación lanzado con Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Serbia y Montenegro y la administración internacional de Kosovo, ya en jaque, podría sumirse en el caos. Sólo una clarificación del objetivo y del presupuesto de nuevas ampliaciones puede permitir salir del marasmo y evitar 'las sombras'.

ANDRÉS PÉREZ (PARÍS)



El presidente de Turquía, Tayyip Erdogan, con José Manuel Barroso en la sede de la UE.

La surrealista declaración —un país candidato al ingreso a la UE dice que no reconoce un país ya miembro de la Unión— provocó una contradecación de Bruselas. El tono de esa contradecación europea, fruto de un compromiso complicadísimo entre turcófilos y turcófobos, es firme: los 25 recuerdan a Ankara que el reconocimiento de Chipre es, 'in fine', condición exigida para el ingreso. Subrayan, además, que en 2006 verificarán que los buques chipriotas ya pueden atracar y exportar en Turquía.

Pero el fondo de esa contradecación es una nueva prueba de la ambigüedad muy mal calculada y de la inseguridad de los actuales dirigentes europeos. Los 25 países de la superpotencia que es Europa aceptan abrir

una región explosiva.

Líneas de fractura profunda se han manifestado en el seno de la familia europea a propósito de Turquía.

Gran Bretaña y la presidencia de la Comisión son firmes partidarias del ingreso sin demora. Francia, Austria y, obviamente, Chipre, intentan poner el listón alto a Ankara. París, además, ha introducido una interesante variante en la negociación: ha dejado fijado de antemano, por ley, que la entrada de Turquía a la UE deberá ser aprobada por los franceses en referéndum. Si Ankara pensaba utilizar en las negociaciones con la UE la estrategia de disuasión llamada 'diagonale du fou', acaba de toparse con ese otro alfil que es el pueblo francés, capaz de introducir coordenadas